

complejo tan definitoria del maestro aragonés) con que todo le es mostrado. Unido, además, a un particular sentido del humor y la ironía que discurre a lo largo del film, que se basa en lo insólito de las situaciones para mejor definirlos, en el absurdo de los comportamientos para demostrar con más fuerza la irracionalidad de sus motivaciones. Y así, mediante el poder de una imaginación que no se detiene ante barreras convencionales, que da el mismo peso a "lo real" y a "lo ficticio", a "lo consciente" y a "lo inconsciente", que se complace en su carácter creativo e incansablemente renovador, "La Vía Láctea" logra transformar en verdadero gozo cinematográfico algo tan en principio anticinematográfico como la historia de la religión.

"El mirón"

Haber visto "El fin de la inocencia" era un dato más que respetable para huir de las películas firmadas por J. A. Larraz. Sin embargo, está claro que hubiera sido esa una medida deformadora. Se estrena ahora "El mirón" y hay que convenir, independientemente de la coherencia de la carrera de su autor, que estamos ante una película digna, cuando no sugestiva y de aciertos. Quizá película desigual que no acaba de completar las sugerencias formuladas (no en orden a un desenlace anecdótico, sino en cuanto a una formulación dramática), pero decidida a plantear sólo el "caso" preciso que retrata sin añadirle cosechas literarias o deformadoras.



"La Vía Láctea" ("La Vía Láctea", 1969), de Luis Buñuel.

Una vez comprobado este "milagro" —no precisamente sacro—, accedemos al nivel de reflexión que plantea "La Vía Láctea". Un nivel de reflexión que se distingue por su ataque contra la intolerancia y el fanatismo, que demuestra "ad absurdum" hasta qué punto el hombre puede destruirse en querrelas inútiles y bizantinas. A través de una continua confrontación entre las teorías dogmáticas o heréticas y la realidad de esos dos peregrinos mendicantes que no tienen donde caerse muertos, Buñuel manifiesta su auténtica postura ante la práctica católica, cuya gratuidad e inutilidad ya aparecían dibujadas en "Nazarín", "Viridiana" o "Simón del desierto". Con la ayuda de unos excelentes profesionales (entre los que destacan Jean-Claude Carrière, el operador Christian Matras y los dos protagonistas), Buñuel hace de "La Vía Láctea" —en resumen— una de sus obras maestras. ■ FERNANDO LARA.

"El mirón" es la historia de un marido neurótico, de sus obsesiones, sus represiones, sus agresividades y su soledad. Larraz se limita a exponer esas circunstancias, sin añadirle cosecha que conduzca la historia hacia derroteros más eficaces comercialmente falsos. De hecho, un personaje como el que interpreta (espléndidamente) Héctor Alterio no acabará nunca por realizar las ensoñaciones de las que presume: nunca comprará una pistola para matar a su mujer, nunca verá realizado su sueño del "ménage a trois", nunca aclarará sus dudas sobre los celos. Será un personaje que acabará la película como la empezó: el intermedio es justamente lo que Larraz expone.

De cualquier forma, "El mirón", independientemente de sus aciertos narrativos, ofrece una serie de aciertos "técnicos" muy poco habituales en el cine español "de género". La calidad (o la inteligencia) de los colaboradores de una película

sólo suelen apreciarse, sorprendentemente, cuando se trata de una película de mayor autoría y ambición que lo es ésta. Sin embargo, desde la música al montaje, pasando por la fotografía, los decorados y la sorprendentemente excelente actriz Alexandra Bastedo, realizan un trabajo profesional respetable e interesante, con independencia de que, en definitiva, "El mirón" sea algo más que una película de serie o de las llamadas "menores".

Son estos fundamentalmente los valores de la película. Cuando se tiene que padecer el conjunto del cine español y encontrarse con películas realizadas como churros sin el menor respeto por el dinero que el espectador paga religiosamente en taquilla, un producto como "El mirón" tiene naturalmente que destacar. Aunque Larraz hubiera dirigido previamente "El fin de la inocencia", película que, espero, pueda olvidarse con rapidez, si los posteriores títulos de su director son, al menos, como "El mirón". ■ D. G.

condición social de la isla, sobre su realidad cultural, que un balance pormenorizado de la Semana. Separadamente, en todo caso, va mi juicio sobre el estreno de "La Saturna" y sobre la más polémica de las conferencias.

¿Qué sentido puede tener una Semana Teatral en Ibiza? ¿Constituirá, simplemente, una parte más del reclamo turístico de la isla, una ocasión para que unas cuantas personas llegadas de la Península escribamos ahora sobre la extraordinaria belleza del lugar —sólo maltratada por la especulación y los grandes hoteles en zonas muy concretas— o tendrá un sentido más profundo?

Ibiza es, me parece, y contra todo pronóstico, una tierra problemática, salvo, claro, para quienes van allí a ponerse por algún tiempo "fuera del mundo" y tienen su vida en otra parte. Tampoco lo es, por supuesto, para quienes, llevando en su interior una necesidad de creación, han encontrado en cualquier casa de la isla el sosiego y la medida natural del tiempo que se han perdido en la realidad compulsiva de las grandes ciudades. Ni para esos alemanes que apenas salen de las piscinas de los hoteles. Ni, tal vez, para esas docenas de apátridas que tienen como oficio el constituir un espectáculo indisolublemente ligado a las necesidades turísticas de la isla...

Pero en Ibiza hay también otras personas cuya humanidad no puede estar sincronizada con los gráficos de la hostelería. Gentes encuadradas en la Historia de España; que padecieron dolorosamente la guerra civil; que han sido víctimas y beneficiarios de la "mentalización hostelera" a que fue sometido nuestro país durante un largo período; que votaron el 15 de junio; que están insertas en la afirmación de su propia identidad dentro del Estado español; a las que afecta, en fin, una realidad histórica que no puede definirse sólo por la economía turística y la personalidad de los extranjeros o peninsulares que viven en ella transitoriamente.

La insularidad de Ibiza ha impregnado a sus gentes de un determinado carácter. Paradójicamente, siendo el sentido de soledad y de aislamiento uno de sus trazos más claros, el justificado éxito de Ibiza y Formentera en la iconografía de la placidez y de la independencia las ha convertido en tierra frecuentada por gentes de todo el

TEATRO

Semana Cultural de Ibiza

Ibiza, patria "hippy" de los sesenta, espejismo pequeño burgués de la libertad y de la droga, hoy, esencialmente, el lugar donde pasan sus vacaciones —disciplinadamente— miles y miles de alemanes, decidió dedicar su IV Semana Cultural al tema del teatro. Antonio Gala, Francisco Nieva y Enrique Llovet pronunciaron sendas conferencias; hubo un coloquio, al que se sumaron otros conocidos nombres de la escena española, una exposición de bocetos, varias representaciones —de una obra de Gala por un grupo ibicenco; de una obra del argentino Gorostiza por dos actores "recalados" en la isla; sesiones de "happening" en un sugestivo espacio; más el estreno de "La Saturna", de Domingo Miras, por la Compañía del Corral de Almagro— y proyecciones cinematográficas.

La iniciativa —afrentada animosamente por un grupo de cordiales ibicencos— suscita antes una interrogación sobre la

mundo. La situación no dejaría de ser extraña, porque siendo el aislamiento uno de los atractivos de Ibiza —muchos van, precisamente, para disfrutar de la soledad—, la acumulación de solitarios genera sus formas específicas de relación y de cultura. ¿Qué pintaría el teatro en ese marco? En Ibiza hay un local, el Pereira, con el encanto un poco destartado de los viejos teatros de principios de siglo. Sin embargo, permanece habitualmente cerrado, porque, como nos explicaba un erudito ibicenco, la tradición teatral no existe en absoluto, a menos que incluyéramos en ella las viejas fiestas populares —realizadas con ocasión de la matanza del cerdo— o los carnavales, expresiones ambas duramente castigadas por los nuevos tiempos de la isla.

Gala reiteraba el carácter absorbente del paisaje y de la vida ibicenca al aire libre. El aislamiento interior de los isleños, la soledad buscada por los visitantes, la templanza del clima y la belleza del paisaje, constituirían un conjunto de factores radicalmente opuesto a la imagen comunitaria de un público congregado delante de un escenario. Ibiza sería el lugar elegido para crear lo que luego se muestra en cualquier ciudad del mundo. Cosa absolutamente lógica si no consideráramos que en la isla existe una sociedad local, cuyo papel no puede ser —a falta de la "otra vida" de quienes recalán allí temporalmente— la de simples hosteleros, en sus distintos servicios, o de guías de turismo.

Es difícil saber si Ibiza puede sostener o no una actividad teatral de interés —teatro en Ibiza— y cómo tendría que ser ésta dadas las específicas características de la isla. Pienso, sin embargo, que si, como nos contaba una maestra, los muchachos se "apuntan" masivamente en las escuelas a las actividades teatrales, si existen tres grupos más o menos estables, si las representaciones de la Semana contarán con una abundante asistencia juvenil, es porque, también en Ibiza, hacen falta manifestaciones artísticas dirigidas a la comunidad, a través de las cuales ésta se congregate y descubra. Aunque, claro está, de esa necesidad no participan ni quienes se han refugiado en la isla buscando paisajes y soledades, ni quienes satisfacen en otros lugares y aun países las exigencias de la sociabilidad humana que cubre, entre otras manifestaciones, el teatro.



Ibiza no es sólo turismo, sino también una tierra problemática.

Este sería el sentido interrogador de la Semana que acaba de celebrarse en Ibiza. Y de la que uno deja constancia con el mismo respeto que le han merecido otras Semanas parecidas celebradas en lugares no trivializados por las agencias de turismo. ■ JOSE MONLEON.

Estreno de "La Saturna", de Domingo Miras

Con ocasión de comentar el montaje de "La lozana andaluza", señalábamos el interés de que una compañía como la de Corral de Almagro, pese a la mediocridad de sus primeros pasos, siguiera adelante. Afirmábamos entonces la necesidad de un tratamiento vivo, actualizador, de nuestros clásicos, tras tantos años de reverencialismo y de aburrimiento a su costa, y, en consecuencia, la justa concesión de un plazo para ir levantando, con los inevitables errores de por medio, esa nueva actitud. Ahora hemos visto a la misma compañía —superada su crisis con renovada subvención— en el estreno de "La Saturna", de Domingo Miras, que están presentando en diversas ciudades españolas, y la verdad es que a uno le urge hacer una puntualización: que de nada servirán los plazos ni las subvenciones si no se plantea el trabajo con rigor y absoluta responsabilidad. Por la mismísima razón que caen por tierras todas las asamblearias reivindicaciones actorales si, alzado el telón, los cómicos necesitan el grito del apuntador, hablan sin que se les entienda, y, en general, se producen con un abrumador convencionalismo.

Creo que en este punto es absolutamente necesario defi-

nirse con claridad y sin la menor concesión demagógica: si uno defiende el interés de obras como "La Saturna", la necesidad de que el Estado subvencione una serie de compañías jóvenes que intentan cubrir un programa cultural, los derechos materiales de los actores y la justicia de la descentralización, mal puede quedarse callado cuando un trabajo, en el que concurren todos esos factores, aparece sustancialmente fallido. Con lo cual no quisiera caer en la crítica singularizada del Corral de Almagro, sino, sobre todo, señalar la absoluta necesidad de que se reconsideren las responsabilidades sociales de cuantos piden —pedimos— que el Estado haga del teatro un instrumento de expresión comunal y de cultura.

Doy por hecho que, con el correr de las representaciones, en más holgados escenarios, más ajustados los actores, resuelta la escenografía, la interesante propuesta de Domingo Miras revelará parte de su fuerza, aunque uno tema, dados los planteamientos de la puesta en escena, que otra pueda quedar inédita.

Tomando pie en unas líneas del libro primero de "La vida del Buscón", Domingo Miras alumbró el personaje de la Saturna, madre de Pabillos, a raíz de la detención y muerte del hijo más pequeño: "Murió el ángelico de unos azotes que le dieron en la cárcel". Encarcelados el padre y el hermanillo de Pabillos —tal como cuenta Quevedo—, la madre se lanzará en busca del documento influyente que saque a los suyos de las rejas. Lo conseguirá a través de una peripecia itinerante —al estilo de la vida picaresca—, llena de sudores, quebrantos y claudicaciones, al final de la cual, cuando ya obra en su poder el papel salvador, sabrá que su hijo ha muerto a latigazos. La Saturna gritará entonces por todos los Clementicos que han sido, son y serán en la Historia, por toda esa carne de presidio, predeterminada por las circunstancias, eternamente flagelada y sustancialmente inocente.

El autor imagina a Quevedo escribiendo "La vida del Buscón" y dialogando con su protagonista. En realidad, la Saturna y Clementico son "otros Pabillos", seres que participan de su origen social y que ensanchan, desingularizan, la condición del pícaro. La Saturna —quemada por la Santa Inquisición— cerrará el drama pidiendo justicia y acusando a Quevedo, que es quien la imagina, de

una solidaridad ceñida a la simple manifestación literaria. El dramaturgo reforzará así la línea ideológicamente dominante de su obra: la acusación contra la complicidad entre la injusticia y la indiferencia. A la que, naturalmente, se opondrá, en nombre de todos los escritores "que han visto", Quevedo.

El lenguaje es una recreación del que aparece en "La vida del Buscón". Un lenguaje al que, pese a su condición de "pastiche", Miras consigue infundir un innegable color y frescura. Quizá porque, en general, la historia procura ocultar hasta donde puede su trascendencia y atrapa al espectador —como al lector la novela picaresca— con la violencia y el tratamiento humorístico de los lances.

Que "La Saturna" es un buen texto dramático, creo que está bastante claro, salvo en algunos aspectos —por ejemplo, el posible tono discursivo y moralizante del último tramo— que la correcta representación de la obra nos podrá aclarar. ■ J. M.

DISCOS

La peor serie barata

Sucedió lo que tenía que suceder. Salió la colección de discos "El mundo de la música", de Zafiro y RTVE, y todos se echaron encima. La mayoría de la gente, para comprarlos; los medios de comunicación —salvo, claro está, la mentada RTVE—, para destrozarlos sin piedad y a veces sin siquiera necesidad de entrar en lo que aparentemente es el fondo, es decir, sin analizar los discos. Dedos acusadores se han dirigido contra aspectos que se han juzgado irregulares en esta rara iniciativa, llegándose a involuclar nombres tan altos como el del mismísimo presidente del Congreso, señor Alvarez de Miranda. Son cuestiones en absoluto marginales, por cuanto lo principal que ha de hacerse con empresas como ésta es analizarlas en tanto que tales empresas, por culturales que sean sus pretensiones; cuestiones cuya denuncia es, por tanto, obligada y saludable, por más que a uno, no ya en cuanto crítico, sino en